

Las nuevas formas de la guerra, sus doctrinas y su impacto sobre los derechos humanos

Pablo Bonavena y Flabián Nieves¹

Resumen

La forma de hacer la guerra ha evolucionado de tal manera, que los diferentes intentos para definirla y conceptualizarla para dar cuenta de sus modalidades, no consideran la muy alta participación de la población civil en cuanto a las bajas registradas en los diferentes conflictos bélicos, aunque paradójicamente éstos se justifican como intervenciones militares para proteger precisamente a los civiles de una amenaza potencial.

La guerra, tal y como se conociera en el siglo XIX, ha dejado de ser un enfrentamiento entre ejércitos profesionales y regulares, para asumir características de irregularidad, una mayor crudeza y, en la actualidad, incluye un espectro de acciones inadmisibles desde el punto de vista jurídico y moral, menos aun en cuanto a la preservación de los derechos humanos.

Palabras claves: conflictos, acciones militares, acciones de guerra, regularidad, irregularidad

¹ Sociólogos. Instituto «Gino Germani», Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

Abstract

THE NEW WAR'S PATTERNS: DOCTRINES AND IMPACT ON HUMAN RIGHTS

The war's patterns have been development in such manner, that the different attempts for define and conceptualized it in order to describe its modalities, don't take into account the highly participation of population in the reported casualties in different warlike conflicts, though paradoxically those are justified as military interventions for protect the citizens from a potential threat.

The war such it was known in 19th century —a confrontation between regular and professional armies— have been take on nowadays, characteristics of irregularity and cruelty, and includes an spectrum of inadmissible actions since the juridical, moral and ethical point of view, and even less as to the human rights preservation.

Key words: *conflicts, military actions, war actions, regularity, irregularity*

1. Introducción

En el último medio siglo los conflictos bélicos han ido desplazándose de manera sostenida de la forma clásica (guerra entre Estados nacionales) a formas intraestatales. Entre 1989 y 1998 se contabilizaron 101 conflictos armados, de los cuales el 93,5% fueron de naturaleza intraestatal.² Una de las características de este tipo de enfrentamientos es su crudeza y la extrema violencia.³ De allí que se estime que en los conflictos de este tipo, en las cuatro décadas que van desde 1955 hasta 1995, el 85% de las bajas hayan sido civiles que no participaban activamente de los bandos beligerantes.⁴

² Wallensteen, P. y Sollenberg, M. (1999). Armed Conflict, 1989-1998. En: *Journal of Peace Research*, 36:5, septiembre, pp. 593-606, citado por Bartolomé, M. (2001). El desafío de los conflictos intraestatales asimétricos en la post-guerra fría. En: *Argentina global*, No. 4, enero-marzo.

³ «En general se constata que gran parte de las llamadas low intensity wars de nuestro tiempo consisten esencialmente en la vejación, la extorsión y el saqueo de la población civil, indefensa ante tropas supuestamente enemistadas que entre ellas sólo se infligen perjuicios limitados» Waldmann, P., Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular. En: Waldmann, P. y Reinares, R., *Sociedades en guerra civil*, pp. 28/29.

⁴ Waldmann, Peter; *op. cit.*, p. 12.

Una de las dificultades de esta contabilidad (que obliga a trabajar con estimaciones) es el difícil recuento de este tipo de bajas, ya que suele involucrar responsabilidades que los respectivos bandos intentan rehuir. No obstante se logra tener algunas cifras siguiendo los reportes cotidianos de cada conflicto.

Estos datos evidencian las características actuales que tiene la guerra. Hoy día lo que en el siglo XIX se consideraba una anomalía o un momento extraordinario, ha pasado a ser la forma más extendida. Lo que antes era irregular se ha vuelto una práctica regular. Se trata, entonces, de adecuar la mirada para comprender el nuevo fenómeno.

Durante el siglo XIX se soñó con la posibilidad de terminar con la guerra una vez que todos los Estados nacionales equipararan sus poderíos militares, situación que impondría la disuasión, al menos entre las grandes potencias. Los más optimistas anunciaban esta posibilidad hacia finales del XIX. Los más cautos soñaban con guerras limitadas. Todos los que suscribían estas ideas resistieron a Clausewitz como pensador; especialmente a su definición sobre la guerra como conflicto de grandes intereses que se resuelve por el derramamiento de sangre.⁵

2. La guerra irregular en el siglo XIX

La doctrina militar del absolutismo procuraba desarrollar el combate sin sangre. El tipo de guerra deseada buscaba imponer al enemigo condiciones de rendición sin entablar lucha. Para ello, la acción militar quedaba reducida a la participación de los ejércitos profesionales.⁶

Este tipo de concepción sobre el arte militar, conocido como la guerra de maniobras, fue entrando en crisis por varios factores.

⁵ Clausewitz, K. (1983). *De la guerra*. Ediciones del Solar, Buenos Aires, p. 91.

⁶ « En la teoría bélica absolutista se conservan los rasgos esenciales que definían a la guerra cortesana como 'torneo' librado por combatientes pertenecientes a una aristocracia especializada en el oficio de las armas. » Fernández Vega, J. (1993). *Carl von Clausewitz. Guerra, política, filosofía*. Editorial Almagesto. Buenos Aires, pp. 32/33.

Por una parte, la aparición de formas de combate en relación a nuevas formaciones sociales. Hablamos de experiencias como la guerra independentista norteamericana donde, por ejemplo, los «tiradores libres» resultaron un problema irresoluble para la forma tradicional de **combate de entonces**.⁷ Por otra parte, el desarrollo de la defensa nacional, la «nación en armas», que generó la resistencia a las invasiones napoleónicas en Vendée, España y Rusia. Pero lo más importante fue el impacto que provocó la Revolución Francesa con la conformación del «ciudadano libre», que permitió la incorporación de una fuerza de masas con la movilización general de la población (*levée en masse*).⁸

Sobre ese fondo teorizó Clausewitz, estableciendo los pilares de la teoría moderna de la guerra, que supone centralmente el enfrentamiento entre fuerzas regulares profesionales subordinadas a los Estados nacionales, aunque abriendo la puerta a la incorporación de las masas a la actividad bélica.⁹ Pero cada vez más se iban yuxtaponiendo la guerra regular con la irregular.

Ya a mediados del siglo XIX el desenvolvimiento de la lucha revolucionaria en los territorios europeos incorporó definitivamente a la población civil como sujeto del combate, inaugurando —además— el escenario urbano de lucha.

⁷ Engels, F. (1973). Apéndice del *Anti Dühring*, «La subversión de la ciencia por el Señor Eugen Düh-ring». En: *Obras Escogidas*. Edición Ciencias del Hombre. Tomo VI. Buenos Aires, p. 275.

⁸ «Hasta la Revolución Francesa, la suerte de la guerra se había definido mediante ejércitos reducidos y sostenidos por la renta del Estado, pero a partir de ese momento, entran en juego las masas, los pueblos con la enorme fuerza que engendraban sus principios y sus ideales; masas incontenibles que formaban una nueva estructuración, que le imprimen un nuevo sello de energía, de entusiasmo, porque todo el esfuerzo de la nación desborda popularmente inclinando la balanza de las operaciones con un ritmo vertiginoso. Comienzan a surgir nuevos valores hasta ese momento sin explotar, como el valor espiritual y el instrumento de las masas.» Marini, A. (1954). *La psicología al servicio de la guerra*. Edición del Círculo Militar. Volumen 432, Buenos Aires, p. 22. Véase, desde otra perspectiva teórica, Engels, F. (1975). *Anti-Dühring*, Capítulo «Teoría de la violencia» (Continuación), de *Escritos Militares*. Editorial Cartago.

⁹ Federico Engels localiza este proceso «... a partir de la guerra americana por la independencia» agregando que «la participación de la población en la guerra se ha convertido —tanto en Europa como en América—, no en una excepción, sino en una regla». Artículo Los combates en Francia del 11 de noviembre de 1870, publicado en *Pall Mall Gazette*.

Estos procesos cuestionaron muchos de los supuestos que se esgrimían entre los teóricos militares y las normas, jurídicas, éticas y morales que se vinculaban a la práctica militar.

Si bien la guerra irregular fue cuestionada desde el inicio de su expansión, más allá de todas las evaluaciones subjetivas, el desenvolvimiento real de la guerra y otras confrontaciones sociales violentas que adoptaban su forma, iban imponiendo la creciente incorporación de la población civil en asuntos antes circunscriptos a lo específicamente militar.¹⁰ Lo anterior cubre dos aspectos. Por un lado, el reclutamiento para acciones militares, por otro, la incorporación de la población civil como blanco en una doble perspectiva¹¹, la búsqueda de quebrar la moral o para quebrar su capacidad productiva (el ataque a las instalaciones industriales).

3. La guerra en la actualidad

Esta mutación en los conflictos armados provoca sistemáticamente un ejercicio que podría parecer sin sentido para aquellos que no transitan por estos temas: preguntarse sobre qué es la guerra.

Hoy día es frecuente encontrarse con afirmaciones que con bastante naturalidad instalan la guerra más allá de sus formas clásicas entre Estados. Desde esta matriz se fueron acuñando definiciones tales como «la guerra abarca insurrección, actos terroristas y actos criminales. Con ciertas excepciones, tales como manifestaciones políticas, actos criminales al azar, y algunos asesinatos, la guerra es cualquier acto violento que tiene como meta un cambio en el status quo sociopolítico.»¹²

¹⁰ Véase la cuestión del francotirador en Aron, R. (1987). *Pensar la guerra*. Tomo II «La era planetaria»; Capítulo III, El armamento del pueblo. Edición del Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires.

¹¹ Para ver otros aspectos de la incorporación de civiles en la esfera de lo militar, véase: Weerd, Harvey A. (1968). Churchill, Llyod George, Clemenceau: la aparición del civil. En: Aerie, Edward Mead, *Los creadores de la estrategia moderna*. Círculo Militar. Tomo II, Capítulo XII. Buenos Aires.

¹² Mayor Forsyth, M. (Ejército de los EE UU) (2004) Sutileza: una breve teoría de la guerra. En: *Military Review*, Noviembre-Diciembre.

Este tipo de formulación representa un punto de llegada del desarrollo que alcanzó la irregularidad de la guerra que, como adelantamos, se asomaba por el siglo XIX.

No obstante, y pese a que es muy difícil establecer disrupciones claras en procesos históricos de mediano alcance, es razonable sostener que al menos hasta la Segunda Guerra Mundial incluida, la forma preponderante es la guerra de aniquilamiento, teorizada por Clausewitz.¹³

Empero, pasado este gran conflicto, los sucesivos comenzarían a instalar una matriz diferente a la dominante hasta entonces.

Durante la guerra de Corea (1950–1953) más del 80% de las veintidós principales ciudades de Corea del norte habían sido destruidas por los bombardeos aéreos norteamericanos en más de un 50%. Algunas, como Sinanju, totalmente, y otras, como Sariw'on, en un 95%.¹⁴ Esto implicó un cambio notable, pues ya no se buscaba destruir objetivos militares (buscando el aniquilamiento) sino que se atacaba a la población civil.¹⁵

Las guerras de liberación nacional, anticolonialistas, introdujeron cambios en la beligerancia más marcadamente. En tal sentido basta

¹³ La noción de aniquilamiento en el reconocido general prusiano generó y genera muchas interpretaciones enfrentadas. Basil Liddel Hart, por ejemplo, sostuvo que fue el primero en introducir la idea del aniquilamiento en la práctica bélica que provocó, opinaba, la «locura sangrienta» que se pudo ver en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la noción acuñada por Clausewitz no implica la matanza indiscriminada. Está acotada al intento de quitarle al oponente su capacidad para seguir luchando o se reduce a la fuerza pertinente para abatir al Estado de las fuerzas armadas enemigas. Su pensamiento acerca de la guerra moderna incluye el combate propiamente dicho, contra las doctrinas basadas en la guerra de pura maniobra, pero, insistimos, no supone el exterminio del bando contrario. Cf. Aron, R., *op. cit.* Introducción, «B. H. Liddell Hart contra Clausewitz.»

¹⁴ Cf. Crane, Conrad; *American Airpower Strategy in Korea*, University Press of Kansas, Lawrence, 2000; citado por Cuming, Bruce; El delirio atómico de MacArthur y LeMay. En: *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 2004.

¹⁵ Como en todo proceso histórico hay antecedentes. Indudablemente los encontramos con el primer hito de esta naturaleza durante la Primera Guerra Mundial cuando Alemania efectuó, en 1915, los primeros ataques con gas y hundió un buque de pasajeros provocando 1.200 bajas civiles (Véase: Fernández Vega, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Edhasa Editorial. Buenos Aires, p. 235). Luego, podemos destacar el bombardeo a Guernica en abril de 1937 y los combates en las ciudades de la Unión Soviética.

recordar conflictos como los de Indochina, luego Vietnam, Argelia, por sólo citar los más recordados, en los que ejércitos nacionales se enfrentaron a fuerzas «irregulares», o procesos como la descolonización de la India, que trajo como consecuencia la prolongada hostilidad (hasta hoy) entre India y Pakistán, devenida en cruentas guerras y escaramuzas casi permanentes.

En el plano doctrinario y teórico fueron desarrolladas diferentes denominaciones para identificar los tipos de combates. Desde las primeras reflexiones en torno a la «guerra pequeña» y la guerra de guerrillas se fueron construyendo diferentes argumentaciones.¹⁶

Podemos distinguir dos tipos de doctrinas que fueron apareciendo: unas de corte político, y otras de corte técnico. Las primeras desarrolladas por cuadros políticos a partir de la Guerra Fría, las segundas, promovidas por los cuadros militares.

4. Las doctrinas políticas de la Guerra Fría

Ancladas en la división del mundo «este-oeste» encontramos elaboraciones tales como la llamada «Doctrina de la Seguridad Nacional» que se fue conformando desde la década del cincuenta en varios centros militares del continente americano.¹⁷ Sus fundamentos, no siempre

¹⁶ Clausewitz fue profesor de un curso «Sobre la guerra pequeña» en la Academia Militar de Prusia. Allí diferenciaba la «guerra pequeña» de la convencional «gran guerra» por el empleo de unidades compuestas por pocos efectivos (al respecto señalaba: «*Los combates de 20, 50, 100 o 300 y 400 hombres, si no son parte de combates más importantes, pertenecen a la guerra pequeña*»); también por el carácter irregular de esos destacamentos improvisados, en el sentido que no forman sus cuadros de manera tradicional y orgánica a un ejército regular. Estas reflexiones de Clausewitz abrieron posteriormente la puerta para interpretaciones que lo ubican, equivocadamente, como un teórico exclusivo de la «guerra partisana.» Toda la complejidad de esta cuestión en Clausewitz, enmarcada en la dialéctica del ataque y la defensa, puede ser recuperada en Aron, R. (1987). *Pensar la guerra*. Edición del Instituto de Publicaciones Navales. Tomo II «La era planetaria». Capítulo III. Buenos Aires. También, véanse algunos aspectos de este tema en Fernández Vega, J. (2002). Aproximaciones al enemigo. En: Dotti, J. y Pinto, J. (Comps.), *Carl Schmitt. Su época y su pensamiento*. Eudeba, Buenos Aires, abril.

¹⁷ Sobre sus orígenes, véase Fernández Pardo, C. A. y Frenkel, L. (2004). *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción. 1971/1974*. Capítulo I, cita 3, pp. 23 y 24. Ediciones del Copista. Buenos Aires,.

claros, suponían una determinada concepción del espacio geopolítico, una definición de los enemigos reales y potenciales, y determinada forma de presentarles combate. Sin embargo, su alcance quedó eclipsado por cambios sociales y políticos sustanciales, como el fin de la Guerra Fría, que abrieron el espacio, paralelamente a ella o con posterioridad, para nuevas doctrinas tales como la guerra asimétrica, el conflicto de baja intensidad, guerra contrainsurgente, etc.

Hacia los años ochenta cobró cuerpo una elaboración que, en realidad, se estaba gestando desde inicios de los sesenta: la de «conflicto de baja intensidad» —*low intensity conflict*, LIC— o «guerra de baja intensidad» (GBI) —*low intensity war*, LIW. Ésta fue formulada explícitamente en 1981 con el manual del ejército estadounidense FM 100–20 («Low Intensity Conflict»).¹⁸ Refiere a «una lucha político-militar limitada con fines políticos, sociales, económicos o psicológicos. Suele ser prolongada e incluye desde las presiones diplomáticas, económicas y psicosociales hasta el terrorismo y la insurgencia (combinando operaciones de baja visibilidad o clandestinas, de evasión y escape, de sabotaje, etc.). En general, la GBI está circunscripta a un área geográfica y a menudo se caracteriza por la restricción en materia de armas, tácticas y nivel de violencia.»¹⁹

Como se ve, pese a que su amplitud la hace poco operativa en términos conceptuales, cubre un espectro de acciones inadmisibles desde el punto de vista jurídico y aún moral. Su postulación es un intento de dotar a las tropas regulares de una «ideología de guerra» que avale las intervenciones militares.²⁰

¹⁸ Selser, G. (1987). La Guerra de Baja Intensidad. En: *Nueva Sociedad*, No. 89, Caracas, mayo-junio, p. 100.

¹⁹ Dirección de Entrenamiento y adoctrinamiento del Ejército de Estados Unidos, TRADOC. (1986). *U.S. Army Operational concept for Low Intensity Conflict* panfleto No. 525-44, Fort Monroe, Virginia, p. 2. Citado por Klare, M. El ímpetu intervencionista: la doctrina militar estadounidense de la guerra de baja intensidad. En: Klare, M. y Kornbluh, P. *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, p. 69.

²⁰ Hablamos de «ideología de guerra» en el sentido que le asigna Losurdo, D. (2001). *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la ideología de la guerra*. Losada, Buenos Aires.

Aunque doctrinariamente no se lo explicita, subyace en las prácticas admitidas y promovidas por estas concepciones, el *exterminio* del enemigo, es decir, no solo incapacitarlo para que prosiga el combate (aniquilamiento), sino lisa y llanamente su extinción física. En nuestro subcontinente esta práctica fue particularmente visible en las décadas de los setenta y ochenta, generando fuertes movimientos a favor de los derechos humanos. En los países centrales, por su parte, tuvieron mayor énfasis los movimientos pacifistas que repudian las invasiones u otras formas de intervención militar en países extranjeros. Esta argamasa ideológica está tan extendida que incluso las invasiones recientes de los EE UU. se efectuaron acompañadas de una fundamentación basada en la intención de terminar con armas de destrucción masiva. Las intervenciones militares tienen como objetivo, se explica, poner fin a una potencial amenaza sobre la población civil. Algo similar ocurrió con la intervención de tropas europeas en la guerra de Kosovo.

Los gobiernos intentan justificar y encubrir sus acciones esgrimiendo como sentido común, la necesidad de actuar sobre supuestas situaciones inhumanas cometidas por el enemigo. De esta manera, crean una imagen del enemigo deshumanizada, lo que los habilita a responder con la dureza de las formas actuales de la guerra. Es decir, tratan de encubrir la nueva naturaleza de la guerra tras formas fantasmagóricamente humanitarias. Desde ya que los cambios en las formas de desarrollar la guerra reflejan transformaciones sociales, como en su momento lo advirtiera Clausewitz.

Hoy nos enfrentamos con una realidad ineludible a la hora de cualquier análisis. La desintegración de la Unión Soviética es un dato crucial, así como la disminución considerable del riesgo nuclear. Sin embargo, la guerra gana en irregularidad y en crudeza. Las tácticas preponderantes del período actual son, al menos muchas veces, guerrilleras o terroristas. Es un tipo de guerra donde la fortaleza de un bando no se relaciona necesariamente con la tecnología, la cuestión moral adquiere mayor preponderancia que la lograda en la guerra clásica. Esto se agrava particularmente en las luchas intraestatales, ya que la proximidad de los bandos enemigos —proximidad en términos étnicos, religiosos, culturales, regionales, etc.— tornan más cruentas las incursiones de unos y otros, alimentando de este modo la espiral de violencia, especialmente contra la población civil.

Estas tácticas no implican grandes novedades en la manera de entender al enemigo, pero se redefinen en términos de quién lucha y la causa de esa lucha. Estos cambios hacen muy compleja la distinción entre fuerzas militares y población civil; entre «amigo» y «enemigo.»²¹ Las motivaciones de la lucha, más lo difuso del enemigo tornan, en poco probables y muy dificultosos los acuerdos para finalizar las hostilidades.

Todas estas características alertan, insistimos, sobre el impacto que podrían tener las nuevas doctrinas sobre los derechos de la población civil, anunciando una instalación sistemática de la llamada «guerra sucia.»

5. Las doctrinas «técnicas»

Paradójicamente, los diferentes intentos de conceptualización militar que tratan de dar cuenta de las nuevas formas, no consideran el aspecto que hemos señalado (la muy alta participación de la población civil en las bajas). Por el contrario, algunas dirigen su mirada en sentido opuesto. Veamos algunas de estas concepciones.²²

5.1. Revolución de los asuntos militares

La revolución de los asuntos militares (RMA) tiene varios enunciados, pero puede sintetizarse como «una innovación organizativa y doctrinal basada o generada por una agrupación aplicada de tecnologías emergentes en las áreas de información, sensores y control.»²³

Este enfoque, centrado en el desarrollo tecnológico y la organización interna de las Fuerzas Armadas, desdeña la dimensión política y minimiza

²¹ El caso del taxista iraquí suicida, que junto con su inmolación eliminó cuatro soldados norteamericanos en la ciudad de Najaf (28/03/03) es ilustrativo de esto. A partir de ese momento, los soldados «tenían el dedo puesto en el gatillo, no en el seguro, y algunos oficiales afirmaban que los paisanos(civiles)debían ser considerados combatientes hasta que no se demostrara lo contrario. Tanto en la zona del ejército como en la de los marines, se produjeron algunos incidentes sangrientos en los que perdieron la vida algunos civiles, a veces antes incluso de que supieran que estaban el peligro.» Clark, W. (Gral. del ejército de EE UU) (2004). *¿Qué ha fallado en Irak? Crítica*, Barcelona, p. 65.

²² Sólo presentamos las que, a nuestro juicio, constituyen las principales miradas. Omitimos aquí otras como las de guerra limitada, guerra sublimitada, por su vaguedad y poca utilización, así como la de guerra contrainsurgente, debido a su desactualización.

²³ Granda Coterillo, J. M. y Martí Sempere, C. (2000). *¿Qué se entiende por Revolución de los Asuntos Militares (RMA)?* Ponencia presentada al Seminario La RMA y España. Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales. En: *Análisis* 57, RMA No. 4, mayo-junio, Madrid.

el factor humano de la guerra. En tal sentido, conforma un verdadero obstáculo para comprender el nuevo carácter de los conflictos bélicos.

Su formulación se orienta a la confrontación entre dos ejércitos regulares (esto es, estatales, profesionales, dotados de sistemas de armas de mediana y/o alta complejidad, con fuerzas terrestres y aéreas como mínimo, etc.). Obvia, de este modo, el carácter «irregular» de la mayoría de los conflictos actuales, en los que sólo se encuentra, en el mejor de los casos, con una única fuerza regular. También retrocede más de un siglo en la consideración de magnitudes tan determinantes como la cuestión de la fuerza moral.

5.2. Guerras de cuarta generación

Otro de los enfoques con que se abordan las novedades que en las prácticas militares vienen ocurriendo en los últimos tiempos, es el que clasifica la guerra en diferentes «generaciones.» Este enfoque tiene un apreciable nivel de aceptación entre los especialistas, que denominan a las actuales como guerras de cuarta generación. Esta matriz, decíamos, ordena los tipos de guerra diferenciando generaciones en el ejercicio del arte militar a través de la historia.

La periodización se inician con el Acuerdo de Paz de Westfalia en 1648, el tratado que puso fin a una Guerra de Treinta Años, donde el Estado estableció el monopolio sobre la guerra. La segunda generación habría comenzado en la Primera Guerra Mundial, encarnada por el ejército francés, y se la podría describir con la máxima «la artillería conquista, la infantería ocupa.» La guerra de tercera generación fue desarrollada por el ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial. Se trata de la guerra relámpago (*blitzkrieg*), y su principal atributo es la rapidez, sorpresa, y la distorsión mental que provoca este tipo de ataques. En la última generación, si bien permanecen aspectos que se conservan de etapas anteriores, nos encontramos con el cambio más radical desde la Paz de Westfalia: el Estado pierde su monopolio de la guerra.²⁴

²⁴ Por este rasgo, algunos autores opinan que «...*La Cuarta Generación no es algo novedoso, sino un retorno —específicamente un retorno a la manera de guerra antes de la creación del Estado. Ahora, como entonces, muchos actores diferentes, no sólo los gobiernos de los Estados, entablarán la guerra. Librarán la guerra por muchas diferentes razones, no sólo 'la extensión de la política por otros medios.'* Emplearán muchas herramientas diferentes para entablar la guerra, y no van a restringirse a lo que reconocemos como las fuerzas militares.» Lind, W. S (2005). Comprendiendo la guerra de cuarta generación. En: *Military Review*, enero-febrero.

Además, la guerra de cuarta generación también está caracterizada por un retorno al «*mundo de culturas*», y no simplemente Estados en conflicto.²⁵ Esta afirmación se basa en el peso que tiene la cuestión religiosa (especialmente el Islam) en las guerras de la actualidad y que abre especulaciones tales como aquellas que evalúan el peligro generado por la «invasión» mediante la inmigración como potencialmente mayor al que supondría una invasión «tradicional» con el empleo de un ejército estatal.

5.3. La doctrina de la guerra asimétrica²⁶

Otra forma de enfocar las nuevas formas bélicas son las doctrinas de guerra asimétrica. Hay dos postulados bajo ese nombre: la asimetría tecnológica, es decir, la disparidad en los sistemas de armas utilizados por los ejércitos enemigos,²⁷ y la visión de la no cooperación estratégica, es decir que «*se califica como asimétrico a un conflicto en el cual la respuesta de uno los protagonistas frente a su oponente no enfatiza en la búsqueda de una paridad de fuerzas, sino en el empleo de tácticas no convencionales.*»²⁸

Es cierto que estas concepciones dan cuenta de rasgos que aparecen con mayor énfasis en los conflictos actuales. Observando los conflictos de los últimos años, vemos que en su mayoría tienen las siguientes características:

²⁵ Es preponderante en este tipo de guerra «la inteligencia cultural», incluso en los niveles inferiores. (Véase Lind, W. S., op cit.).

²⁶ Actualmente estamos realizando una crítica a esta doctrina, en el marco de la investigación UBACyT S-128.

²⁷ Cf. Ancker, C. y Burke, M. (2004). La doctrina para la guerra asimétrica. En: *Military Review*, enero-febrero.

²⁸ Bartolomé, M. (2001). El desafío de los conflictos intraestatales asimétricos en la post-guerra fría. En: *Argentina global* No. 4, enero-marzo. Hay quien incluye una tercera dimensión de la asimetría, además de la estratégica y la tecnológica, que es la voluntad (asimetría de voluntad). Cf. My. Cassidy, R. (Ejército de EE.UU.) (2003). Porqué el fracaso de las grandes potencias en las guerras de menor escala. En: *Military Review*, enero-febrero.

1. No participan ejércitos regulares de ambos lados, y si lo hacen, es sólo en un primer tramo de la guerra.
2. Consecuentemente, los sistemas de armas son completamente diferentes. Los irregulares utilizan armamento convencional liviano y poco sofisticado.
3. Por ello mismo, y de manera necesaria, el bando con menor poder tecnológico plantea formas «no convencionales» de aproximación a su enemigo.

Esto es visible en diferentes conflictos actuales, como el palestino-israelí, Irak-coalición liderada por EE UU, Afganistán-EE UU, Chechenia-Rusia, y en gran cantidad de los conflictos africanos. No creemos necesario pormenorizar aquí aspectos de estos conflictos, dada la cantidad de información disponible sobre ellos.

Pero, siendo rigurosos, podría decirse que *todos* los conflictos han sido asimétricos, con lo cual la categoría se nos difuminaría sin más. Porque, en efecto, por una parte, el parque de armamento y los sistemas de armas han sido siempre dispares. Cada uno desarrolla o adquiere armamentos para quebrar la resistencia del adversario, es decir, que ambos bandos explorarán diferentes vías tecnológicas para tal fin. Por otra parte, la sorpresa es el momento siempre buscado por los protagonistas; un buen general es aquel que tiene la capacidad de sorprender tácticamente a su enemigo, por lo tanto, la aplicación del término «convencional» es dudosa en esta definición. De modo que estamos nuevamente ante un «punto ciego» doctrinario, que da cuenta de las diferencias en los conflictos bélicos actuales, pero nada dice sobre las consecuencias del mismo.

6. Lo que no se ve

En general las doctrinas militares, bien sean «técnicas» o «políticas», dejan de considerar un fenómeno más que importante, que representa un cambio sustantivo en la forma de encarar una guerra y que varía incluso su naturaleza: las compañías militares privadas

(CMP).²⁹ Forma en expansión desde los noventa, se trata de verdaderas corporaciones de la guerra. Actúan en prácticamente todos los conflictos.³⁰ En tanto compañías privadas, carecen de otra motivación que no sea su propia facturación, motivo por el cual, razonablemente, lejos de pretender resolver un conflicto, tratarán de prolongarlo lo más posible. Pero, además de ello, el hecho de no ser tropas regulares hace que sus acciones no estén reguladas ni por convenciones internacionales ni por Estado alguno. De modo que, al no ser acciones de un Estado, sus eventuales ilimitaciones no son consideradas violaciones a los derechos humanos.³¹

Por ello, entre otras razones, los Estados contratantes dejan en sus manos aquellas tareas que no puede asumir directamente, como limpiezas étnicas, matanzas indiscriminadas, torturas, etc. Conformadas por ex soldados de vasta experiencia, en muchos casos de elite, estas corporaciones garantizan resultados por suculentos contratos.

Su existencia lesiona a los ejércitos regulares, por varios motivos, entre otros, por cooptar a sus mejores cuadros con una paga mucho más elevada.³² Y la elevada paga insta a que el empleado use todos los medios a su alcance para hacer una tarea eficaz. Esto tiene otra arista, cual es la de financiar con dineros públicos la propia competencia a una fuerza estatal.

²⁹ Podría decirse que la doctrina de la guerra de cuarta generación contempla esta variante, pero, en realidad, sus teóricos sólo piensan en movimientos insurgentes, no en la privatización capitalista de la fuerza beligerante.

³⁰ Para dimensionar el fenómeno baste decir que en la actualidad (mediados de 2005) son la segunda fuerza de ocupación en Irak, con alrededor de 20.000 hombres destacados en el terreno. En nuestro continente, se han desplegado especialmente en Colombia, bajo la figura de «asesores» o «empresas de seguridad». Cf. Robberson, T. *Colombia: la privatización de la guerra*. Disponible en http://www.lainsignia.org/2000/mayo/ibe_123.htm

³¹ Esto ocurrió, por ejemplo, con los prisioneros de Abu Ghraib, que fueron interrogados y torturados por empleados de dos empresas contratadas por EE UU., Titan y CACI. Cf. Singer, P. (2005). La privatización de la guerra. En: *Archivos del presente*, No. 37, Buenos Aires.

³² Executive Outcomes pagaba entre 15.000 y 20.000 dólares mensuales a sus empleados. Cf. Escudé, C. (1999). *Mercenarios del fin del milenio*. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, p. 25.

7. El terrorismo como obstáculo conceptual

En este marco de dificultad conceptual, en el que desde el punto de vista militar no se puede abordar parte de la realidad, y desde el punto de vista político no se puede decir parte de la verdad, una nueva piedra filosofal ha venido a llenar ese vacío: el «terrorismo.» El terrorismo ha devenido de una categoría analítica en una categoría moral.³³

Las acciones de guerra del «otro» bando son presentadas como actos de terrorismo, en sentido vulgar. Y decimos del «otro» bando pues cada grupo combatiente presenta de este modo la acción contraria. En el conflicto iraquí, así como en el palestino-israelí, tanto la acción de uno como la del otro son recíprocamente presentadas de esta manera. Este es uno de los rasgos: no define a un sujeto, sino a una posición (la enemiga). Y en este entrecruzamiento enunciativo, resulta obvio que quien tenga mayor capacidad de control de los medios de difusión masiva será quien defina centralmente quién es terrorista, qué es terrorismo, quedando él mismo exento de tales calificativos. La otra característica es la vaguedad del concepto: se lo puede flexibilizar y ampliar tanto como se desee.³⁴

Aquí radica la mayor peculiaridad y peligrosidad del concepto: el terrorismo aparece como la negación de la condición humana. Así es presentado, y quienes son acusados de terroristas son privados de todo derecho humano.³⁵

Pero no es el único sentido restrictivo o negativo de su uso. También sirve para la restricción de los derechos civiles en los países afectados

³³ Puede definirse como terrorista la «acción de violencia [que] genera efectos psíquicos desproporcionados respecto a sus consecuencias materiales». Cf. Reinares, F. (1998). *Terrorismo y antiterrorismo*. Paidós, Barcelona, p. 15. Otras definiciones, como la aportada por Mariano Bartolomé, incorporan elementos morales (señala como una de las características que «produce un sufrimiento innecesario»). Cf. Bartolomé, M. (1999). *La seguridad internacional*. Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, p. 214.

³⁴ Un extremo de tal vaguedad y flexibilidad lo podemos ver en la mutación de notorios «terroristas» devenidos en hombres de Estado (como Menajem Begin, dirigente del grupo terrorista Irgan), e incluso un Premio Nóbel de la Paz (Yasser Arafat, dirigente de la OLP).

³⁵ Esto es característico de los prisioneros de guerra mantenidos contra todo derecho en la base estadounidense de Guantánamo, o en buques de guerra en alta mar.

o potencialmente afectados. En Estados Unidos, el «Patriot Act» (Ley patriótica) ha conculcado *legalmente* los derechos de los ciudadanos estadounidenses. Ciertamente no ha sido éste el primer país (en este sentido Israel es claramente precursor en las últimas décadas de este tipo de restricciones) en desarrollar tales políticas.

Pero sería de muy corto alcance una mirada que culmine en las políticas estatales. Es importante advertir cómo esta política va desarrollándose e impregnando todo tipo de instituciones, incluso académicas.³⁶ Aquí radica el mayor peligro: no sólo retroceder en el respeto a los derechos básicos, sino en ir anulándolos, y con relativo consenso de la sociedad civil. Consenso que no tiene porqué ser activo para ser considerado como tal; la promulgación, casi sin discusión, de la *Patriot Act* no mereció el visible repudio de la población; sólo algunos pequeños núcleos se movilizaron para denunciar sus implicancias.

8. Palabra finales

Después de este breve panorama puede apreciarse que la guerra va ganando en irregularidad no sólo por sus formas sino también en su naturaleza. La incorporación de civiles, sea como blancos, sea como guerreros (voluntarios, por convicción) o como mercenarios (por paga), difumina los derechos, tanto de los combatientes como los no combatientes. Especialmente crítica es la situación de la población civil no combatiente.

A la afección por las acciones bélicas se le debe sumar la restricción de derechos que opera directa y duraderamente sobre la población. Más aún si consideramos que la categoría de «terrorista» es relativamente dúctil y aplicable con discrecionalidad. La historia de nuestros países latinoamericanos es elocuente en dicho sentido. Por ello es de vital importancia que se entienda la guerra —tal como es, y no como nos la podemos representar— en toda su magnitud. Las ciencias

³⁶ El «Proyecto de Estrategia Legal a Largo Plazo para Preservar la Seguridad y la Libertad Democrática», desarrollado en la Universidad de Harvard, recomienda la creación de un marco legal que permita la tortura con el fin de confrontar el terrorismo. Disponible en: http://bcsia.ksg.harvard.edu/BCSIA_content/documents/LTLS_finalreport.pdf

sociales no son ajenas a la guerra, pueden ser su vehículo, —abundan ejemplos en tal sentido, entre otros, Margaret Mead—, o bien pueden enfrentar esa maquinaria de destrucción desde el lugar que les es específico: el conocimiento. Contribuir a conocer la guerra es brindar los elementos para tomar posición sin ingenuidad.